

Sobre la abolición del hombre

1. *¿Previsión en las ciencias humanas?*

Bertrand de Jouvenel ha sido conocido principalmente por sus obras de economía, historia de las ideas y ciencia política. Así *La crise du capitalisme américaine*, *Les débuts de l'Etat moderne* o *Du pouvoir*, son ejemplos altamente significativos de esa triple dedicación, por otra parte no del todo aislada o inconexa sino profundamente entrelazada. Pues bien, en un libro titulado *L'art de la conjecture*, entra también en el terreno de la previsión del futuro —en castellano se tradujo por *El arte de prever el futuro político*—,¹ ya que conjetura es la construcción intelectual de un futuro verosímil.

Convertido en futurólogo —si se me permite utilizar una expresión que requeriría más matices que los que admite la naturaleza de esta nota—, expresa De Jouvenel en el libro su opinión de que las distintas disciplinas científicas experimentarán en un futuro no muy lejano una mutación interna provocada por su orientación hacia la previsión. En cada una se preferirán, escribe, las investigaciones que esclarezcan la componente dinámica de la realidad y se verán reducidos —sin que implique en ningún caso un juicio peyorativo sobre ésta— los talentos dedicados a trabajos de pura erudición. Que esta conversión hacia la dinámica, inspirada por un propósito de utilidad social, ya se había producido en la ciencia económica, era algo que aparecía como firme e incuestionable a nuestro autor. Pero que había de producir los mismos frutos en relación con las ciencias humanas —no perfectamente distinguidas, en su concepción, de las sociales—,² entraba propiamente en esas conjetu-

1. BERTRAND DE JOUVENEL. *El arte de prever el futuro político*. Madrid, 1966

2. Esa indistinción resulta en extremo nociva y entraña gran peligro para el recto entendimiento de las ciencias morales, como ha resaltado entre nosotros con gran finura ÁLVARO D'ORS. Cfr. *Sistema de las ciencias*, 4 fasc., Pamplona

ras que estaba formulando. Pronto sorprenderá —añadía— que la prodigiosa expansión de las «artes de los medios» (tecnología) haya tardado tanto en ser seguida por la de las «artes del consejo», pero esta última habrá de producirse con toda seguridad en lo que resta de siglo.

Concluyendo que resulta de una gran urgencia que las ciencias morales se dediquen a la previsión, pues, de no hacerlo, la necesidad social a este respecto no tardaría en llenarse y satisfacerse por la tecnología. Con lo que una actitud desarrollada hasta el momento sólo en lo que tocaba a los «objetos», se extendería a los «sujetos», enseñándose a manejarlos como «objetos». En ese cuadro también proveía una convergencia de las disciplinas humanas, provocada por la necesidad de adelantar en común esa tarea previsor, imposible de realizar mientras se mantuvieran aisladas. Por lo tanto, la transformación operada en el interior de cada área de conocimiento por la necesidad de la previsión, llevaría también de modo necesario a una alteración de conjunto que desembocaría en la interdisciplinariedad.³ A pie de página cita *The Abolition of Man*, una obra de C.S. Lewis —no hace mucho traducida al castellano—⁴ como ejemplificación admirable de la denuncia de ese peligro. Uno, me permito añadir, entre los que integran la importante problemática de la escisión entre el mundo del progreso tecnológico y la vida moral.

2. La bioética como ilustración

Una temática en la que, día tras día, se hace patente la conjetura de Bertrand de Jouvenel, y en la que se percibe de modo ejemplar la inquietud expresada por C.S. Lewis, es la que se ha dado en llamar bioética. En su origen, como es sabido, admite esta expresión dos sentidos: uno vago, amplio y utilitario en cuanto ciencia que sirve a las biológicas para mejorar la «calidad de vida»; y otro restringido a la simple ética médica.⁵ Si seguimos al profesor Elio Sgreccia, a quien podemos considerar uno de los más solventes tratadistas entre un piélagos proceloso y erizado de dificultades, la bioética es la filosofía moral de la investigación y de la práctica biomédica y, como disciplina, surge de cuatro series de hechos determinantes: la mejor adecuación del campo filosófico para comprender los límites de todas las ciencias; el avance en el campo biológico-médico, que ha planteado el problema de los límites de lo humano; la insuficiencia de la normativa jurídica, sobre todo en el

na, 1969, 1970, 1974 y 1977. CHARLES DE KONINCK, en su «Sciences morales et sciences sociales», *Laval Philosophique et Théologique* (Quebec), vol I, n° 2 (1945), págs. 194 y ss., ya había subrayado la necesidad de distinguirlas.

3. BERTRAND DE JOUVENEL, *op. cit.*, págs. 462 y ss.

4. Cfr. C.S. LEWIS, *The Abolition of Man*, Londres, 1945; versión castellana, Madrid, 1990.

5. Cfr. MARCIANO VIDAL, *Bioética. Estudios de bioética racional*, Madrid, 1989. Sobre las deficiencias del planteamiento de este autor, cfr. JOSÉ MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERÓN, «Inconsistencias de una bioética racional», *Verbo* (Madrid) n° 273-274 (1989), págs. 581-590.

campo de la medicina, para aportar criterios morales a los profesionales de la sanidad y a los ciudadanos en general; y la organización de la investigación y de la práctica médicas, controladas de forma creciente por el poder político.⁶

Bien ha visto el profesor Serrano, en un libro de notable interés que en dos años ha visto dos ediciones, la riqueza de cuestiones —disputadas además— que implica la bioética, así como la diversidad de ángulos de mira con que cabe afrontarlas y los inmensos riesgos que se alzan detrás de cualquier mínimo desenfoque. Por eso, su libro me parece ejemplar, en cuanto no ha servido tanto para engrosar como para desbrozar e iluminar muchos temas deliberada o inconscientemente embrollados y oscurecidos en el pensamiento que, sólo por respetar el convencionalismo al uso, podemos llamar «moderno». ⁷ En tal sentido su aportación se justifica plenamente en varios niveles, y enlaza con el punto de partida de esta nota, por lo que dentro del «ejemplo» de la bioética me sirve a su vez de «ejemplo».

En primer término, en cuanto al nítido punto de partida de sus consideraciones, que subrayan cómo el mero desarrollo de las ciencias biológicas no basta para explicar el éxito e intensidad de la reflexión ética sobre ellas, ni siquiera en cuanto se aplican a las esferas humanas y a la estructura biológica del hombre. El avance científico, y su impacto sobre el hombre, qué duda cabe, han suscitado nuevos problemas o, cuando menos, han permitido que presenten una faz nueva los viejos; también, al tiempo, han reaparecido —en el momento en que los adelantos científicos parecen echar por tierra antiguos prejuicios y confusiones que atenazaban el conocimiento anterior y que ni siquiera lograron perturbar el juicio moral— temas, como el del aborto o la eutanasia, que parecían superados. Y es que la justificación del surgimiento o desarrollo de la disciplina hay que buscarla en otro estrato: en la crisis de la vigencia social de la moral tradicional, vinculada al proceso descristianizador.

Por todo ello —y vamos a enlazar con el segundo nivel—, a la sombra del debate más estrictamente bioético se plantean aspectos que afectan a la propia fundamentación moral, a la antropología, a la concepción de la propia sociedad y de instancias naturales como la familia. Ello explica que los diversos temas a que se refiere la bioética reclamen un enfoque marcadamente interdisciplinar, lo que se observa en la pluralidad de los campos de procedencia de los autores que han sido pioneros en esta materia.

En tercer lugar destaca la necesidad de huir del método dogmático y conceptualista —que ha llegado a asfixiar el derecho privado principalmente—, debiendo preferirse el dialéctico —en el sentido clá-

6. Cfr. ELIO SGRECCIA, *Bioetica. Manuale per medici e biologi*, Milán, 1987, págs. 27 y ss.

7. Cfr. JOSÉ MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERÓN, *Cuestiones de bioética*, Madrid, 1991; 2.^a ed., Madrid, 1992.

sico de la palabra— que confronta datos y compone posiciones sin caer en el eclecticismo o en el pluralismo. Michel Villey, el gran iusfilósofo francés ya fallecido, no cesó de defenderlo,⁸ y Juan Vallet de Goytisoló —entre nosotros— lo ha desenvuelto magistralmente en sus investigaciones de metodología jurídica.⁹

En cuarto lugar, no debe olvidarse el magisterio de la Iglesia, «experta en humanidad», que viene prestando atención creciente a estos problemas desde el pontificado de Pío XII, que sirve de punto de referencia no sólo a los creyentes y que obliga al pensador católico a fundar su posición sobre sólidas bases científicas y filosóficas. Parece mentira, pero no es frecuente el acierto en cohonestar la libertad intelectual con la fidelidad al magisterio. Louis Salleron, desaparecido hace poco, dedicó al problema hace años un artículo memorable,¹⁰ y últimamente la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe tuvo que poner las cosas en su sitio. En estas cuestiones, precisamente, por la dificultad que entrañan, abundan sobremanera los conflictos, lo que viene a justificar la conveniencia del documento romano.

3. Ocaso del hombre y reto de la fe

El ya citado C. S. Lewis, distinguido profesor de Cambridge, escribió una trilogía novelesca que presenta con singular brillantez el enfrentamiento del humanista y del científico deshumanizado. Si a la ciencia se le dejan las manos libres —propugna un personaje de estos últimos—, puede dominar a la raza humana y recondicionarla, haciendo del hombre un animal realmente eficiente. Concretando a continuación por qué medios se pretende llegar a esa eficiencia: esterilización de los inservibles, liquidación de razas atrasadas —no necesitamos ningún peso muerto—, crianza selectiva etc. En última instancia, no se excluye el condicionamiento bioquímico y la directa manipulación del cerebro.¹¹

El escritor Ricardo Gullón, comentando estas obras de ciencia ficción —aunque también de mucho más— del profesor inglés, notó que si este siglo no hubiera asistido a la puesta en marcha de mecanismos de destrucción idénticos o análogos a los aquí prescritos, podría lo citado atribuirse a la fantasía del novelador. Pero el trágico coste en sufrimiento pagado por la humanidad impide tales evasiones. Como tantas veces, el enemigo ha adoptado una máscara conveniente y ambigua: la

8. Cfr. MICHEL VILLEY, *Questions de Saint Thomas sur le droit et la politique ou le bon usage des dialogues*, París, 1987.

9. Cfr. JUAN VALLET DE GOYTISOLO, *Metodología jurídica*, Madrid, 1988; *Metodología de las leyes*, Madrid, 1991.

10. Cfr. LOUIS SALLERON, «*La liberté intellectuelle dans l'Eglise*», *De Rome et d'ailleurs* (París), enero de 1980.

11. Cfr. C.S. LEWIS, *Out of the Silent Planet*, Londres, 1938; *Perelandra (Voyage to Venus)* Londres, 1943; *That Hideous Strength*, Londres, 1945.

de quien, siendo constructor, destruye. Por eso, concluía, desenmascararle es de vital importancia.¹²

He ahí señalada en toda su crudeza la *abolición del hombre* de que también hablara Lewis. El cardenal Ratzinger, por su parte, y siguiendo muy de cerca a éste, se ha referido al ocaso del hombre y el reto de la fe. Las más contrapuestas visiones modernas del mundo, las ideologías, tienen un punto de partida común: la negación de la ley moral natural y la reducción del mundo a «puros» hechos. Aún conservando a veces de modo incoherente y en diversa medida algo de los antiguos valores, en su punto nodal —en cambio— están amenazadas por el mismo peligro. Tenemos que descubrir —ha escrito el teólogo alemán elevado a la púrpura cardenalicia—nuevamente que las grandes conquistas morales de la humanidad son igualmente racionales y verdaderas, incluso más que las adquisiciones experimentales en el campo de la ciencia, de la naturaleza y de la técnica. Son más verdaderas porque tocan más profundamente lo que es propio del ser y porque son más decisivas para el hombre en cuanto hombre.¹³

La bioética, con la constelación de problemas morales, legales y técnicos que lleva consigo, hace patente el cumplimiento de la conjetura de Bertrand de Jouvenel. En este sentido muestra la necesidad de previsión en las ciencias humanas y la exigencia de interdisciplinariedad para alcanzar resultados positivos. También, por contra, sirve como recordatorio de lo que puede llegar a ser la *abolición del hombre*. Todas estas razones la convierten en un campo privilegiado para ejercitar responsablemente la libertad intelectual y para huir de esa destrucción del hombre que signa nuestro tiempo.

DR. MIGUEL AYUSO
Universidad de Comillas

12. Cfr. RICARDO GULLÓN, «Demonologías», *ABC* (Madrid) de 10 de abril de 1984.

13. Cfr. Cardenal JOSEPH RATZINGER, «El ocaso del hombre y el reto de la fe», *ABC* (Madrid) de 31 de marzo y 1 de abril de 1988.